



Juan de Lillo.

El periodista Juan de Lillo, que desarrolló gran parte de su labor profesional en LA NUEVA ESPAÑA, presenta hoy en el Club Prensa Asturiana de este periódico, a las 20 horas, su libro "Memorias del tiempo perdido. Entre la corrupción y la crisis". En este volumen, Lillo analiza la evolución de la sociedad asturiana en

el último tercio del siglo XX, un cambio del que fue testigo directo. En esta página se ofrece un adelanto de este libro y, en concreto, parte del capítulo dedicado a la importancia del carbón en Asturias. La figura de Fernández Villa, caracterizado como el virrey de Asturias, sobresale en este repaso histórico.

El virrey de Asturias

Villa, el SOMA y el PSOE, a modo de gran nube, cubrieron con su poder el cielo del Principado y nada se movía que no decidiera el pequeño hombre del gran poder

Juan de LILLO

La muerte de Franco significó la caída del muro en nuestro país, que a aquellas alturas, pese a los últimos coletazos, era ya de adobe. Nada pudo contener las aguas de la libertad, remansadas durante cuarenta años, que comenzaron a abrir el cauce a la participación de los españoles en la orientación de su futuro. Y con el nuevo tiempo comenzaron a emerger los grupos políticos y los sindicatos, mientras se resquebrajaban el partido único y el sindicato vertical, los activos comunistas habían creado las Comisiones Obreras con restos del naufragio de la organizaciones católicas y sus propios militantes que, con habilidad y diligencia habían minado la organización del Régimen y situado en primera línea para el momento de la apertura. Mientras, la UGT en el exilio con el PSOE y desarbolada, partía con preocupante desventaja.

El desequilibrio en la empresa minera Hunosa, que ya presidía José Manuel Fernández Felgueroso, era evidente y ni los nuevos directivos ni los estrenados políticos deseaban una asimetría o, peor aún, un monopolio. Y para evitarlo decidieron construir una estructura paralela con los restos de la veterana UGT de dentro y los regresados del exilio. Y el que dio el primer paso fue el veterano socialista Emilio Barbón quien, junto con Rafael Fernández, propuso a Felgueroso la incorporación de Obdulio Fernández, compañero de la Facultad de Derecho y de pensión en la calle Argüelles de Oviedo, a quien consideraba la persona adecuada para la dirección social de Hunosa. Y como primera tarea debería poner orden, porque, según Barbón, "había que recuperar el tiempo perdido y equilibrar las fuerzas sindicales en la empresa".

Y en 1976, primer año del teso postfranquismo incipiente, Rafael Fernández, José Manuel Felgueroso y Obdulio Fernández se trasladaron a Madrid para entrevistarse con Felipe González en la sede de Santa Engracia. Y en un momento de la conversación, sin eufemismos ni disfraces, el líder socialista preguntó a Felgueroso:

—¿Cuánto vais a perder este año?

—Diecisiete mil millones.

Escribí en mi diario, por boca de uno de los interlocutores, que se produjo un "silencio de perplejidades". Casi a la vez, González saltó de su asiento con un gesto que les sonó a la sacudida de un látigo, y exclamó:



Alfonso Guerra y Fernández Villa, en la campaña electoral de 1991. | ARCHIVO

—¡Hostia!
Una cifra que removió los cimientos de la sede socialista madrileña, pero que, exclamaciones aparte, era una realidad que caía sobre los españoles como una colada de plomo derretido. Fue el tributo nacional que no consiguió pacificar la minería, pero que la sostuvo durante decenios, y entregó, a modo de beca política, el poder regional a José Ángel Fernández Villa a quien Alfonso Guerra aún no había mostrado su confianza al frente del virreinato asturiano, uno de los bastiones socialistas del país. (...)

(...) Fernández Felgueroso y Obdulio Fernández, en unas circunstancias de cambios sin retorno, iniciaron la urgente tarea de aprovechar la fuerza de los sindicatos clandestinos, CCOO con sólida estructura organizada y la UGT en formación, con el fin de evitar una acción sin control en la sombra. La primera reunión se celebró en casa del propio Obdulio, con ambos en representación de la empresa, mientras que de los clandestinos asistieron Nevado Madrid, Marino Artos, Segundo Magdalena, Aladino Tresgüeres, Uría y San José, por el sindicato comunista, y Emilio Barbón, Avelino Pérez, recién regresado del exilio, Faustino Antuña, entonces líder del SOMA, y Arcadio García, "Cayo". En otras ocasiones se reunieron en la sede de Asturias Semanal que cedía alguna de sus dependencias. Nadie en

Dos dirigentes socialistas le hicieron llegar a Guerra su desazón, hablándole del iluminado "que habíamos aupado y ahora se había endiosado, liado la manta a la cabeza, y se estaba imponiendo a todos y a todo"

aquellos días hablaba todavía de Fernández Villa, aunque ya avanzaba "silencioso y hábil aunque impulsivo y poco reflexivo", según Emilio Barbón, camino del liderazgo del sindicato socialista de los mineros. Y lo hizo con astucia, eliminando adversarios, hasta el congreso celebrado en Mieres, en 1978, cuando la evidencia demostró que controlaba ambas cuencas. Fue entonces cuando aceptó la secretaría general del SOMA, que más que un cargo sindical habría de convertirse en eje de la vida política de Asturias.

Sin embargo, los pasos del nuevo árbitro de Asturias no se movían por impulso propio, porque dirigía su ascenso Alfonso Guerra, el hombre del PSOE, que había acuñado aquella sentencia inapelable de que "el que se mueva no sale en la foto", expresión de su férreo control sobre el Partido. En realidad, Fernández Vila, maquinista de tracción, ni siquiera minero de oficio, salió de entre la niebla, con algunas sombras a cuevas de cuya publicación no exigió rectificación ante los tribunales y que no fueron obstáculo para que se erigiera en mito y símbolo de la minería, "el nuevo Llanceza", decían, a quien Guerra apoyó incondicionalmente y a quien situó, único asturiano, en la ejecutiva federal del PSOE. Guerra quería controlar todos los hilos y en Asturias los tenía bien atados, sin resquicios, con Fernández Villa.

Pasado algún tiempo después de que se hiciera "amo y señor de Asturias", viajaban camino de Turón dos dirigentes del Partido Socialista asturiano a un encuentro con el secretario de Alfonso Guerra. Intentaron convencerle de que en Madrid vivían equivocados, porque desconocían que estaban en manos de un iluminado al que "habíamos aupado y situado en la cima y que ahora se había endiosado, liado la manta a la cabeza, y se estaba imponiendo a todos y a todo. Incluidos el secretario regional del partido, Je-

sús Sanjurjo, a quien desde Santa Engracia le repetían que quien manda en Asturias es Fernández Villa, que quita y pone, y hace y deshace". Pero fue un intento vano, porque el secretario de Guerra cortó su discurso: "no tenéis nada que hacer, porque no lo mueve nadie. Es cosa de Alfonso y eso no se toca".

Eran años, en los inicios de los ochenta, en que las desmedidas pérdidas de Hunosa las cubría Madrid, desde los gastos necesarios hasta el despilfarro, y sobre esa realidad asentaba su estructura de poder el líder sindical y su cohorte de liberados, que disponían de muchas horas sindicales de acción política, al servicio del sindicato, pero, sobre todo, del Partido como militantes y activos, que controlaban las agrupaciones locales de las cuencas que eran las que permitían a Fernández Villa ejercer dominio sobre la Federación Socialista Asturiana. A aquel usufructo de las horas sindicales, que permitía a sus titulares zafarse del tajo y ocuparse de la partitura político-sindical, se le conocía como la "chequera", un talonario virtual para la libertad de movimientos. Fue la profesionalización, según LA NUEVA ESPAÑA en su edición del 23 de mayo de 1994, de algunos de sus afiliados para su doble tarea de agentes del Sindicato y del Partido. Fue un exceso, un escándalo de abuso en un tiempo en el que, a modo de gran nube, Fernández Villa, el SOMA y el PSOE cubrían con su poder el cielo de Principado, bajo el que nadie promocionaba y nada se movía en el escalafón de la política que no decidiera el pequeño hombre del gran poder. Con la lupa de la ética, aquel traspaso de dominio del Sindicato al Partido, con el dinero del carbón, para el ejercicio del poder, no dejaba de ser una corrupción del sistema, aunque, fue la realidad, se produjo con el silencio, la complicidad o la impotencia del resto de los asturianos (...)

(...) Con la UCD en el Gobierno, Madrid lo pagaba todo, "eso estaba garantizado", pero ya entonces la CEE, hoy UE, había advertido de cuáles serían los requisitos para exigir ajustes en las subvenciones para minería. Y Fernández Felgueroso, Rafael Fernández, Fernández Villa y Obdulio empezaron a plantearse la situación e hicieron un frente común para convencer a Abril Martorell, vicepresidente y hombre fuerte del Gobierno, de que, como en el franquismo, "en la minería no se podía exigir productividad sino solamente cerrar los ojos y pagar". Y su respuesta fue casi literal: "Pues bien, lo que gasten esos, lo pago yo", un "yo" en el que, naturalmente, no incluía a todos los contribuyentes españoles.

Con este principio inamovible, la producción fue un desastre, y la tonelada de carbón alcanzó las ¡cuarenta mil pesetas!, mientras el precio de las procedentes de Colombia y China era de ¡ochocientos mil! Una diferencia de treinta y dos mil pesetas, que pagaban el éxito de Fernández Villa y las prebendas que derramaba entre sus fieles, una nómina amplia de la que esperaba obediencia y exigía disciplina, y a la que controlaba con mano férrea.